



Katharine Graham

# UNA HISTORIA PERSONAL

Sobre cómo alcancé la cima del periodismo en un mundo de hombres



UNA HISTORIA PERSONAL  
SOBRE CÓMO ALCANCÉ LA  
CIMA DEL PERIODISMO EN UN  
MUNDO DE HOMBRES  
KATHARINE GRAHAM

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia y José Manuel  
Calvo Roy

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2016  
TÍTULO ORIGINAL: *Personal History* (1997)

Copyright © Herederos de Katharine Graham  
Publicado con licencia de Alfred A. Knopf, una editorial de The Knopf  
Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC.  
© de la traducción María Luisa Rodríguez Tapia y José Manuel Calvo  
Roy, 1998, 2016  
© Libros del K.O., S.L.L., 2016  
C/ Infanta Mercedes, 92 — Dpcho. 511  
28020 Madrid  
hola@librosdelko.com  
librosdelko.com

ISBN: 978-84-16001-58-3  
CÓDIGO BIC: BGA, KNTJ  
ILUSTRACIÓN DE PORTADA Y CONTRAPORTADA: Ana Peñas  
ARTES FINALES: Artur Galocha  
MAQUETACIÓN: María O'Shea  
CORRECCIÓN: Pablo A. Uroz Velasco

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[NOTAS](#)

[LA AUTORA DE ESTE LIBRO](#)

## AGRADECIMIENTOS

Desde el primer momento tuve claro que deseaba escribir este libro personalmente, aunque era consciente de no ser una verdadera profesional. Recuerdo muy bien que el columnista Walter Lippmann me dijo en una ocasión que incluso para él, que escribía constantemente, era muy difícil volver a hacerlo después de una interrupción de sólo unas semanas. Ésta es una idea que me venía sin cesar a la mente mientras reflexionaba sobre escribir o no sin ayuda en lugar de hacerlo con un coautor. Sin embargo, si quería que fuera un relato personal, sabía que tenía que contarlo yo misma. Si lo he logrado, es gracias a dos personas: Evelyn Small, que se encargó de investigar, y mi editor, Robert Gottlieb.

Ev procedía de The Washington Post Company, donde trabajaba en el departamento de comunicaciones de empresa, elaboraba un boletín interno y preparaba materiales para discursos, entre ellos los míos. Dedicó varios años a organizar mis papeles para que pudiéramos examinarlos juntas. A medida que pasaba el tiempo su función iba adquiriendo más importancia. Llegó a saber de mi vida tanto como yo. Tomó las palabras que yo escribía y les dio forma mientras me recordaba detalles importantes, eliminaba otros con discreción y añadía elementos de la documentación que yo había pasado por alto. Este libro no podría existir sin Ev. Todd Mendeloff fue su eficaz ayudante durante cuatro años.

De las historias que Ev desenterró y sacó de nuevo a la luz, sólo un pequeño porcentaje ha podido llegar a incluir-

se en el libro, y lo mismo ocurrió con las más de doscientas cincuenta entrevistas que realizamos con personas que iban desde compañeras de colegio de mi infancia y amigos de toda la vida hasta muchos de quienes tuvieron participación en los asuntos de los papeles del Pentágono y el Watergate o en The Washington Post Company. Todos ellos hicieron aportaciones a mi perspectiva.

Bob Gottlieb, con quien hablé de un libro por primera vez en 1978, se convirtió en mi editor cuando regresó a Knopf después de haber trabajado en *The New Yorker*. Ha editado mi original con maestría, un cuidado minucioso y un ojo implacable para la repetición, la pesadez y la continuidad. Me he encontrado con muchos «esto sobra» escritos en los márgenes. Incluso cuando se cargaba una historia que podía gustarme especialmente —siempre por cuestiones de espacio, según él—, hubo pocas muestras de protesta por mi parte. Quizá lloré por las páginas caídas, pero él, Ev y yo teníamos siempre el mismo objetivo. Y en las ocasiones en las que pensé que había quitado algo esencial, Bob cedió generosamente ante mis argumentos.

También leyó y comentó el manuscrito mi amiga Meg Greenfield, redactora jefe de opinión del *Post* y columnista de *Newsweek*, a cuyo talento de editora y consejos he acudido y en quien he confiado durante gran parte de mi vida profesional. Nuestras formas de pensar son muy parecidas, igual que nuestras opiniones sobre la gente y las situaciones, sobre lo que nos parece divertido o intolerable. Nuestra amistad se ha mantenido e incrementado casi desde el momento de su llegada al periódico.

Otras cinco personas fundamentales también leyeron y comentaron el manuscrito, y su ayuda fue sumamente útil: mi hija Lally, mis hijos Don, Bill y Steve y mi amigo Warren Buffett.

Este proyecto me ha hecho apreciar aún más el valor del material de archivo. He pasado innumerables horas releando viejas cartas y memorandos escritos por e intercambiados entre mis padres, mi marido y yo, además de notas relacionadas con directivos y redactores del *Post* y

*Newsweek*. Es una suerte que todos escribiéramos cartas en aquellos tiempos. Tengo que agradecer la conservación y organización original de gran parte de esos documentos al difunto e incomparable Charlie Paradise, secretario y ayudante de mi padre, Phil y mío durante varios años. Charlie solía contestar al teléfono canturreando «Paradise». También doy gracias a todos aquellos cuyas cartas cito.

Tengo una gran deuda con Chalmers Roberts, cuya historia viva del *Post* —*The Washington Post: The First 100 Years* (Houghton Mifflin Co., 1977)— ha sido una fuente de información constante, y con Merlo Pusey, por la biografía que escribió de mi padre, *Eugene Meyer* (Alfred A. Knopf, 1974). Ambos libros contribuyeron a mi investigación y mis opiniones.

En mi oficina estoy agradecida a Liz Hylton por su trabajo devoto y paciente durante treinta y tres años, incluida la ayuda que proporcionó para el libro. No sólo ha llevado mi despacho y se ha ocupado de mis papeles y mi agenda, tanto profesional como social, sino que también se ha encargado de mis casas. En muchos aspectos ha sido mi *alter ego*. Durante los dos últimos años también me ha ayudado enormemente mi ayudante, Barry Tonoff.

Durante quince años he trabajado en estrecha colaboración con Guyon (Chip) Knight, vicepresidente de comunicaciones de empresa en The Washington Post Company, cuyo extraordinario talento ha dado forma a todas mis declaraciones públicas.

Además quiero dar las gracias a los encargados del centro de investigación de noticias del *Post*, a quienes acudimos una y otra vez y que siempre tenían la información solicitada a punto y exacta.

También quiero dar las gracias a toda la gente de Knopf que me ha ayudado con este libro: Sonny Mehta, Jane Friedman, Bill Loverd y Paul Bogaards, por su interés y su apoyo; Carol Carson, Virginia Tan, Cassandra Pappas y Tracy Cabanis, por su talento en el diseño y la producción; y Kathy Hourigan, Leyla Aker, Karen Mugler, Amy Scheibe y Ken Schneider por su asistencia editorial.

Desde luego, yo soy responsable del contenido final del libro. He intentado ser sincera y honesta sin dejar de respetar la intimidad, especialmente la de mis hijos, que para mí son, por supuesto, más importantes de lo que aquí puedo expresar y que tanto han logrado hacer con sus vidas. También a ellos les afectó, profundamente y de forma permanente, todo lo que ocurrió.

Mis dos hermanas que aún están vivas, Elizabeth Lorenz y Ruth Epstein, también me han ofrecido su participación, su ayuda y su interés y han compartido conmigo sus recuerdos y opiniones. Mi difunto hermano, Bill (Eugene Meyer III) siempre me apoyó mientras vivió y le estoy eternamente agradecida por ello, aunque murió antes de que empezase a escribir el libro.

Con todos mis temores sobre el hecho de escribir, y con todas las complicaciones que supone el repaso de una vida larga y llena de cosas, redactar este libro ha sido un ejercicio riguroso y absorbente, y lo he disfrutado enormemente. A lo largo de él confío en haber expresado mi reconocimiento cuando se debía y no haber olvidado a personas a quienes tanto debo. Forzosamente han quedado fuera muchos nombres, pero están en mi recuerdo y en mi corazón.

## CAPÍTULO UNO

Los pasos de mis padres se cruzaron por primera vez en un museo de la calle 23 en Nueva York. Fue el día del aniversario de Lincoln, en 1908. Eugene Meyer, que tenía treinta y dos años, llevaba poco tiempo en los negocios, pero ya había ganado varios millones de dólares. Agnes Ernst, de veintiún años y recién graduada en el Barnard College, era de una belleza impresionante. Se ganaba la vida y ayudaba a mantener a su familia trabajando como *free-lance* para un periódico, el viejo *New York Sun*. Tenía además interés por el mundo del arte, y eso era lo que la había llevado a la exposición de estampas japonesas. Tanto sus aficiones como su trabajo eran poco habituales para una mujer de la época.

De camino hacia Wall Street, mi padre, al volante de un Stanley Steamer, uno de los primeros automóviles, divisó a un conocido a quien no apreciaba especialmente. Pero Edgar Kohler tenía un aspecto frágil y desamparado y mi padre se apiadó de él, de modo que se ofreció a llevarlo y mencionó que pensaba detenerse en una exposición de estampas japonesas. Kohler decidió acompañarle.

Al entrar en la galería se encontraron con dos amigos que salían y que les dieron esta valoración de la muestra: «Hay en la sala una joven mucho más bella que cualquier cosa de las que están colgadas». Una vez en el interior, Kohler y mi padre la vieron de inmediato: una joven alta de cabello claro y ojos azules, obviamente enérgica, dinámica y segura de sí misma. Mi madre siempre recordó lo que llevaba ese

día, porque pensaba que su «disfraz», como ella lo llamaba, había influido en su destino. Debía de ser toda una visión, con su traje de *tweed* gris y su pequeño sombrero de ardilla adornado con una pluma de águila. Mi padre, al verla, le dijo a Kohler: «Esa es la chica con la que me voy a casar».

«¿Hablas en serio?», preguntó Kohler, a lo que mi padre respondió: «No he hablado más en serio en toda mi vida». Kohler, creyendo que nunca más volverían a verla, sugirió a mi padre que le hablase. «No. La ofendería y lo estropearía todo», replicó. Decidieron que el primero que la conociera se la presentaría al otro.

Una semana más tarde, Kohler llamó a mi padre y le dijo: «¿Sabes lo que ha pasado?». «Has conocido a la chica», fue la respuesta inmediata. «Maldito seas, eso es». Había asistido a una fiesta en casa de una de las compañeras de clase de Agnes en Barnard, con una representación de aficionados de *La viuda alegre* en la que mi madre hacía de Conde Danilo. Al terminar la obra, cuando ella apareció vestida normal, Kohler se dio cuenta de que era la joven de la exposición. Se presentó, le habló del trato con mi padre y acordó una cita para que comieran los tres.

El amigo de mi padre cumplió lo prometido y presentó a Eugene y Agnes. El día del cumpleaños de Lincoln de 1910, exactamente dos años después de que Eugene la viera por primera vez en la galería, se casaron. Cuando reviso mi larga vida, si hay algo que salta inmediatamente a la vista es el papel que la suerte y el azar han desempeñado en ella. A partir de esta cadena de coincidencias siguió el resto.

Mi padre procedía de una distinguida familia judía, cuyas raíces se remontaban a muchas generaciones atrás en la región de Alsacia-Lorena, en Francia. Era una familia con numerosos rabinos y líderes cívicos. Jacob Meyer, mi tatarabuelo, recibió la Legión de Honor y fue miembro del Sane-drín, el consejo de notables judíos formado por Napoleón I para reconocer los derechos cívicos de los judíos.

Mi abuelo paterno, cuyo nombre era Marc Eugene Meyer pero a quien siempre llamaron Eugene, nació en 1842 en

Estrasburgo, el más joven de los cuatro hijos que su padre tuvo con su segunda esposa. Cuando su padre murió, y su madre se vio sin dinero, Eugene tuvo que hacer como sus hermanos mayores y, a los catorce años, abandonó la escuela para ayudar a mantener a su familia. Empezó a trabajar para unos hermanos llamados Blum, que poseían una tienda en Alsacia y otra, extrañamente, en Mississippi, y, cuando uno de sus jefes anunció que se iba a América, mi abuelo decidió ir con él. Al pasar por París, Blum le presentó a Alexandre Lazard, de la empresa Lazard Frères, que le dio una carta de presentación para su socio de San Francisco. En septiembre de 1859 salió de Europa hacia Nueva York en el buque más rápido que hacía la travesía, un barco de rueda lateral, con un billete de tercera clase por el que pagó 110 dólares. Desde Nueva York tomó un vapor hasta Panamá, cruzó el Istmo por ferrocarril y embarcó en otro vapor hasta San Francisco, en esa época una ciudad de alrededor de 50.000 habitantes. Pasó allí dos años, aprendiendo inglés y ahorrando gracias a su trabajo en una casa de subastas, hasta que en 1861 fue a Los Ángeles, donde un primo de los Lazard decía que necesitaba un dependiente para su tienda. Según Eugene, la ciudad tenía sólo una población de tres o cuatro mil personas, la mayoría extranjeros. Había cuatro casas de ladrillo; el resto era de adobe, con tejados que crujían. No había calles pavimentadas ni alcantarillas. El agua para beber y regar procedía de acequias. Mi abuelo permaneció en Los Ángeles durante veintidós años.

Comenzó como dependiente y contable; vivía en la tienda y, a veces, dormía sobre el mostrador con un arma, para defender la mercancía. A medida que se extendió su fama de honradez y sobriedad, varios de sus nuevos amigos comenzaron a confiarle su dinero, puesto que no había bancos. Al cabo de tres años le hicieron socio de la tienda, que pasó a llamarse «La ciudad de París». Después de 10 años, su hermano Constant y él eran dueños de la tienda. Llegó a ser además director de un banco y organizador del Club Social de Los Ángeles. En 1867 se casó con Harriet

Newmark, de 16 años, hija de un rabino, en una boda presidida por éste y en cuya lujosa cena se sirvió helado, algo nuevo para la ciudad.

Mi padre, llamado Eugene Isaac Meyer como su padre y su abuelo, nació en 1875, el primer varón después de tres niñas, Rosalie, Elise y Florence. Tras él hubo cuatro hijos más: Ruth, Aline, Walter y Edgar. Harriet fue una inválida casi permanente, no sé si por haber dado a luz a ocho hijos antes de cumplir treinta y dos años, en condiciones médicas precarias, o porque sufría de depresión, o ambas cosas. Por tanto, la figura materna en la juventud de mi padre fue su hermana Rosalie, seis años mayor que él, que dejó la escuela para ayudar a criar a sus hermanos.

Estas circunstancias ayudan a entender la personalidad de mi padre. Su padre era muy estricto, no especialmente afectuoso, y la única figura materna verdadera era casi de su edad, muy cariñosa y sensible, pero abrumada por verse en una posición de autoridad antes de estar preparada para ello. Esos niños no debieron de tener mucho amor paterno; su padre se guiaba por la ambición y la madre, en realidad, no existía. Mi propio padre no estuvo nunca muy dotado para la intimidad en las relaciones personales; los sentimientos estaban ahí, pero sin expresar.

En 1884, mi padre se trasladó con su familia a San Francisco, una ciudad de 225.000 habitantes en aquel momento, con mejores instalaciones educativas y médicas que Los Ángeles para la gran familia Meyer. También era más segura. Recuerdo que mi padre decía, sobre sus primeros años en Los Ángeles, que todo el mundo tenía una pistola Derringer y que casi todas las noches había alguien que recibía un disparo.

A mi abuelo debió de agradarle el traslado, pero mi padre se sintió cercado inmediatamente. Era un chico solitario, un luchador, a quien la familia obligaba a ir vestido de manera «diferente». Tuvo que aprender a defenderse mientras recibía, sin cesar, severas reprimendas de su padre por su mal comportamiento. Esos choques lo endurecieron hasta el punto de que, cuando la familia se trasladó a la ciudad de

Alameda, para alejarse de la niebla de San Francisco debido a la salud de su madre, el joven Eugene derrotó al matón local que, hasta entonces, había dominado el terreno. Dicha victoria lo convirtió en el elemento más temible, tanto en casa como en el colegio.

Alameda no le sirvió de nada a mi abuela y resultó demasiado lejana para mi abuelo, de modo que, al cabo de un tiempo, la familia regresó a San Francisco. Era el tercer cambio de colegio para mi padre.

La familia pertenecía a una congregación judía reformada y Eugene se educó en historia judía, hebreo y el significado de la religión, pero, al llegar el momento de su *bar mitzvah*, se negó a celebrarla. Al pedirle que hiciera profesión de una «fe perfecta», afirmó: «Creo en algunas de las cosas, pero no creo en todas ellas con una fe *perfecta*». Nunca fue abiertamente religioso, pero más tarde participó en organizaciones de caridad, causas y cuestiones internacionales relacionadas con los judíos. No obstante, nunca fue sionista y siempre creyó firmemente que, ante todo, era un ciudadano de Estados Unidos.

La escuela no le interesaba, pero leía mucho. Su padre le reprochaba no ser el primero, pero Eugene acabó por desarrollar una verdadera pasión por aprender, que aumentó a medida que su padre le fue incluyendo, cada vez más, en las reuniones de negocios y los debates sobre política y altas finanzas.

Igual que mi padre, Rosalie se convirtió en una persona enérgica y dominadora. Se casó con Sigmund Stern, y su hermana Elise se casó con el hermano de Sigmund, Abraham. Los Stern eran sobrinos de Levi Strauss, que había llegado a San Francisco en plena fiebre del oro dispuesto a vender a los mineros tejido grueso de dril para tiendas de campaña. O no se vendió bien como tela de tiendas o se vendió mejor para hacer unos pantalones ribeteados; el caso es que Levi Strauss hizo su fortuna con esos pantalones y los «Levi's» se hicieron famosos en todo el mundo. Como Strauss era soltero, los Stern, que dirigían el negocio, heredaron la empresa.

Los dueños de Lazard Frères ofrecieron un puesto de socio a mi abuelo y, aunque la familia no quería dejar San Francisco, consideró que la oferta era una gran oportunidad. En 1893 se trasladaron a Nueva York. Mi padre tenía diecisiete años y había terminado el primer curso en la Universidad de California en Berkeley. Por primera vez vio toda la amplitud de este país y la increíble dimensión de Nueva York, entonces una ciudad de tres millones y medio de habitantes, con sus grandes lujos y sus barrios bajos.

Entró a trabajar de mensajero en Lazard, con la expectativa de que algún día sucedería a su padre. Solicitó la entrada en Yale y fue aceptado. Conocía a muy poca gente —era un judío solitario procedente del Oeste—, de modo que no hacía más que estudiar y se matriculó en más asignaturas de las necesarias. Con los créditos extra así obtenidos consiguió graduarse en dos años, antes de cumplir los veinte.

Después de trabajar en Lazard algún tiempo, se marchó al extranjero durante año y medio, para practicar en bancos de Alemania, Inglaterra y Francia. En primer lugar fue a París, donde trabajó sin cobrar, pero le regalaron un bello alfiler de corbata de perla que llevó siempre, al menos en mis recuerdos de infancia. Asimismo empezó a invertir en bolsa con 600 dólares que su padre le había dado por no fumar hasta cumplir veintiún años. (Años más tarde, mi padre nos ofreció el mismo trato, pero creo que nadie se lo aceptó o, quizá, nadie consiguió llegar hasta los veintiuno sin haber probado el tabaco. Sin duda, los 1000 dólares que nos ofreció representaban mucho menos para nosotros de lo que los 600 le habían supuesto a él).

La primera ocasión que mi padre tuvo de ejercer su independencia de adulto se produjo a su vuelta de Europa. Su padre lo había preparado para que entrara a trabajar en Lazard. Al regresar de su viaje vio que su año y medio de experiencia bancaria no contaba y, además, tenía que trabajar para su cuñado, George Blumenthal, un hombre difícil, egocéntrico y de mal genio, que nunca fue realmente de su

agrado, y que se había casado con su querida hermana Florence.

Cuando yo conocí a los Blumenthal pasaban los inviernos en Nueva York y los veranos en Francia o en yates por el Mediterráneo. Su casa de Nueva York, enorme y lujosa, ocupaba media manzana y poseía una piscina cubierta revestida de azulejos.

En cualquier caso, ya fuera por los sentimientos de mi padre respecto a George Blumenthal, ya fuera porque el instinto le indicaba que debía marchar solo, empezó a alejarse del camino que su padre había trazado para él. Después de diversas aventuras y salidas falsas en varios campos —intentó estudiar derecho por las noches, pero se aburrió—, se encontró con un libro, *The Map of Life*, de William Edward Hartpole Lecky, que sugería que «la vida de un hombre debe planearse como un conjunto en el que cada etapa sería un prólogo a la etapa sucesiva», y decidió planear la suya. Los veinte primeros años —lo que se denominaba, en general, la «escuela»— ya habían pasado. De los veinte a los cuarenta había que dedicarse a crecer y experimentar y, durante ese tiempo, adquiriría una «capacidad», se casaría e iniciaría una familia. De los cuarenta a los sesenta serían los años de poner en práctica todo lo que hubiera aprendido anteriormente y, «si es factible —escribió mi padre—, deberían dedicarse al servicio público». A los sesenta se retiraría para envejecer con elegancia y ayudar a los jóvenes.

El dinero de los cigarrillos había producido buenas inversiones y disponía de unos ahorros de 5000 dólares. Los convirtió en 50.000 invirtiendo en acciones del ferrocarril y entonces se enfrentó a su padre con su decisión de dejar Lazard y empezar por su cuenta. Fue un momento de gran emoción: su padre consideró la decisión como el rechazo de toda una vida de trabajo por parte de su hijo. Cuando éste le dijo, además, que pensaba hacerse miembro de la bolsa, y su padre dijo que no iba a ayudarlo, él anunció que tenía los 50.000 dólares necesarios y no necesitaba su ayu-